

El Problema del Reconocimiento de la Independencia Americana

Por ENRIQUE DE GANDIA

Los Estados americanos, que nacieron a la vida independiente en los límites del antiguo imperio colonial español, se formaron de hecho. Su reconocimiento, por las demás naciones del mundo, se fué haciendo paulatinamente, como resultado de situaciones especiales y de grandes esfuerzos diplomáticos de los enviados americanos. La historia de estos enviados y sus gestiones ante los gobiernos europeos ha sido intentada en forma muy parcial y, siempre, limitada o insuficiente. Aun falta la obra de conjunto que estudie el panorama de la diplomacia americana en Europa, las acciones aisladas o combinadas y el porqué y la forma en que se logró el reconocimiento de cada Estado del Nuevo Mundo. Los trabajos existentes, repetimos, estudian la posición del Vaticano y siguen los pasos de los representantes americanos que hicieron trabajos en Europa para lograr el reconocimiento de la independencia de sus respectivos países. Estos estudios no han sido coordinados; muchos se refieren al aspecto puramente religioso o relacionado con el Patronato y otros no pasan de un carácter biográfico y pintoresco que los llena de interés novelesco, pero les quita importancia histórica y diplomática. Por otra parte, falta la investigación directa en los archivos de las viejas Cortes europeas y en los diarios de esas mismas ciudades para conocer a fondo el sentir de los gobiernos monárquicos, que no siempre llegaba a conocimiento de los representantes americanos, y la propaganda a favor o en contra del reconocimiento que se hacía en innumerables diarios y formaba una conciencia pública que los historiadores americanos aun no han investigado en el más mínimo aspecto. Llegamos, pues, a la conclusión de que el estudio del problema del reconocimiento de la independencia, aunque iniciado en detalles de transcendencia, está por hacer y, sobre todo, por ahondar. No vamos, en estas páginas, a emprender su elaboración. Nuestra obra termina con los antecedentes y la propia realización de la independencia como hecho cumplido. Otros autores

estudiarán la independencia vista en Europa. Nosotros emprenderíamos su estudio si pudiéramos volver a las viejas ciudades europeas donde ahondamos, en otros tiempos, temas muy diferentes. Ahora vamos a mostrar, como ejemplo, los esfuerzos de un hombre de talento y originalidades extremas: Antonio José de Irisarri, que representó a Chile en Londres en los años más agudos de la lucha por el reconocimiento de la independencia. Londres fué durante largo tiempo uno de los centros de mayor transcendencia para fomentar en Europa el reconocimiento de la independencia americana. Su influencia sobre las demás cortes europeas era muy grande. Por ello, y otras muchas razones, los Estados americanos enviaban a sus delegados a Inglaterra. En España no era posible penetrar o, cuando ello se lograba, no se podía tratar el asunto de la independencia con la libertad y con los argumentos que podían emplearse desde otras naciones. Irisarri se hallaba en Londres con grandes deseos de representar a Chile. O'Higgins lo nombró agente ante la Corte inglesa el 24 de noviembre de 1817. El agente debía hacer comprender, a las autoridades y al pueblo, las ventajas comerciales que Inglaterra reportaría con el reconocimiento de la independencia chilena. Irisarri llegó a Chile antes de recibir sus instrucciones. En Santiago, Irisarri se enteró de los planes de los políticos de Buenos Aires. Muchos de ellos hablaban de un gran reino, que debía extenderse de Océano a Océano. Hubo largas conversaciones y al final se resolvió que Irisarri, en Londres, mantuviese una estrecha relación con los representantes de Buenos Aires. El agente debía hacer propaganda liberal, especialmente entre los liberales de España, para que sacudiesen el yugo de Fernando. Debía publicar periódicos en español "jugando diestramente la hidalguía y nobleza nacional española para inflamarla en la resolución de ser grandes y libres". El enviado debía ser astuto y lograr por todos los medios el reconocimiento de la independencia chilena. También podía negociar empréstitos. La cuestión monárquica no estaba definida y los críticos de Irisarri aún no han llegado a saber, en forma segura, si apoyaba la monarquía o la república. En Europa, tanto en Francia como en Inglaterra, se deseaba que los pueblos americanos adoptasen la forma monárquica; pero Inglaterra no veía con agrado que Francia eligiese y, tal vez, impusiese, a sus candidatos. Irisarri, antes de dirigirse a Londres, hizo una campaña de acercamiento chileno-argentino en Buenos Aires. Los dos países estaban unidos por intereses e ideales comunes, como lo están en la actualidad, y a ambos convenía trabajar juntos por la misma causa. Por ello, cuando estuvo en Londres, pudo escribir al Ministro de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de Chile, que "los gobiernos de Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata son los únicos, de la América independiente, que tienen ahora alguna opinión". Irisarri comprendió que pedir el reconocimiento de la independencia chilena en Londres era inoportuno y lo que más convenía era solicitar una sincera neutralidad. La neutralidad impedía a España llevar adelante expediciones contra América, pues contaba grandemente con los buques ingleses. Además, no había que exponerse a desaires como el que podría provenir de una negativa. Inglaterra era un punto de partida para ex-

pediciones que se dirigían a América a combatir contra España. Primero había partido Mina, el aventurero romántico de las proezas increíbles. El diputado de Caracas había hecho remesas de soldados, armas y municiones a la isla de Margarita, Cumaná y Angostura. Un escocés de nombre Sir Gregor Mac Gregor había conquistado Puerto Belo. En aquellos momentos había un irlandés llamado Devereux que preparaba una expedición para desembarcar en Venezuela. Estas expediciones se llevaban a cabo con la propaganda más ruidosa: carteles en las calles y todo género de avisos. El gobierno inglés no había impedido esos hechos. Pero era indudable, como reconocía Irisarri en una carta del 21 de julio de 1819, fechada en Liverpool, que ninguna nación de Europa reconocería la independencia americana mientras "exista en los gobiernos de esta parte del mundo la poca ventajosa idea que ahora tienen de nuestra revolución y de los principios en que se apoya". Los gobiernos europeos temían que los pueblos americanos no estuviesen aún en condiciones de gobernarse a sí mismos y como prueba de ello aludían a las continuas revoluciones que los devoraban. Los pretendientes al mando supremo eran muchos y la poca ilustración de los pueblos también era grande. Artigas se había hecho conocer como un disolvente. También se basaban en la actitud de los Estados Unidos y decían, con razón, que "cuando aquellos republicanos del Norte tienen obstáculos para reconocernos bajo su misma forma de gobierno, es la prueba más clara de que no nos juzgan en estado de constituirnos en ella, conociendo la diferencia que hay entre sus pueblos y los nuestros; entre su educación y la que nosotros hemos recibido". Las relaciones de los comisionados del Presidente de los Estados Unidos, que habían viajado por la Argentina y Chile, "han convencido a estos ministros del desprecio con que mira aquella república nuestra causa y sus progresos". Francia trataba de que el rey de Etruria se convirtiese en rey de la América del Sur para que dejase los ducados de Parma, Plasencia y Guastala al hijo de la archiduquesa de Austria, Maria Luisa, mujer del ex-emperador de los franceses. Tres ducados insignificantes eran más valiosos, en el concepto europeo, que toda Sud América. Con este cambio, Francia suponía dejar satisfecho al abuelo del joven príncipe, el emperador de Austria. Austria, Inglaterra y Portugal apoyaban el proyecto francés. Existía en Europa una fuerte tendencia a imponer en América monarquías y no repúblicas. Irisarri se limitaba a informar a gobierno de Chile de estos y otros hechos. Entre tanto, Estados Unidos y otras naciones enviaban sus buques mercantes, protegidos por fragatas, a las costas de Chile como pudieran enviarlos a las del Senegal. Chile se había apresurado a conceder a Inglaterra y Estados Unidos todas las ventajas comerciales que podían desear sin exigir ninguna retribución. Irisarri creía conveniente exigir al gobierno inglés que enviase cónsules a Chile y ordenase a sus buques de guerra que guardasen las consideraciones debidas. De lo contrario, Chile podría cerrar sus puertos al comercio. Una amenaza o medida semejante habría podido apresurar el reconocimiento de la independencia. El 10 de agosto de 1819, Irisarri hizo saber al gobierno de Chile que Inglaterra había prohibido sacar armas o municiones para que Es-

pañã pudiese enviarlas a sus dominios. La neutralidad era tan severa para un bando como para otro bando. Irisarri protestó muy justamente ante el ministro Hamilton de la forma en que los ingleses hacían el comercio en Chile, protegiendo a sus buques mercantes con escuadras como si estuviesen frente a las costas de Argel. Irisarri explicaba muy bien que Chile era independiente de hecho, aunque Europa no hubiese reconocido su independencia, y que debía hacer valer sus derechos como los hacían valer todas las naciones civilizadas. El comercio con Inglaterra sólo podía continuar si Inglaterra enviaba cónsules a Chile, si la bandera chilena era reconocida en Inglaterra y también se admitía la presencia de un cónsul chileno. Estas cosas debían realizarse para que el comercio pudiese subsistir.

Lord Castlereagh respondió a Irisarri que el reconocimiento de la independencia chilena no podía hacerse sin ofender gravemente a España. Inglaterra había propuesto a España una solución para detener la guerra en América: Chile habría reconocido la soberanía de Fernando VII y éste habría permitido a los chilenos gobernarse interiormente, con un comercio libre y otras ventajas, pero el gobierno español había exigido la cooperación de las fuerzas inglesas para subyugar a los chilenos en el caso de que no cumpliesen sus compromisos. Inglaterra no reconocía la independencia chilena, pero reconocía su gobierno, de hecho. Lo que no deseaba era el nombramiento recíproco de cónsules, porque ello habría significado conseguir, por medios indirectos, lo que sólo debía ser resultado del reconocimiento de la independencia. Irisarri luchaba afanosamente en el ministerio inglés para conseguir cualquier ventaja en favor de Chile. Sus comunicaciones al gobierno chileno eran minuciosas y continuas. Inglaterra no deseaba aparentar ninguna doblez con España. El día que reconociese a Chile lo haría abiertamente, dando las razones de su decisión. El ministro inglés agregaba que los chilenos podían estar contentos de entenderse con los comandantes de los buques de guerra y no con cónsules sin finura, sacados del gremio de los comerciantes. Irisarri explicaba a su gobierno, el 23 de agosto de 1819, que había sido el primer americano en ser recibido como enviado de un Estado del Nuevo Mundo después del regreso de Fernando VII. Su conquista mayor fué lograr que Inglaterra permitiese en sus puertos la entrada de buques de comercio. Los buques de guerra también podían entrar si no tenían presas y siempre que Chile autorizase la entrada de los buques ingleses. El reconocimiento de la independencia no se hacía, pero Irisarri recibía la seguridad de que podía contar con la amistad del ministro inglés. Inglaterra advertía que, tarde o temprano, terminaría por reconocer la independencia chilena, pero, entre tanto, era preciso esperar. Irisarri informaba el 28 de septiembre de 1819 que Chile no debía dar la sensación de ser un país muy pobre, porque entonces los banqueros ingleses no le harían empréstitos. Además, la misión argentina no era muy adicta a la chilena. Valentín Alvarez había difundido versiones poco favorables a Chile y, al ser interrogado por el representante de Chile, le había dado a entender que había oído hablar de su pobreza a otras personas de la confianza de Irisarri. Como este sólo trataba con Ri-

vadavia, enviado del Supremo gobierno de Buenos Aires, Irisarri pensó que Alvarez quería indisponerlo con él. Irisarri tenía mucha confianza en Rivadavia y no aceptó el chisme o acusación indirecta. Por otra parte, Rivadavia no apreciaba a Valentín Alvarez. Lo indudable era que Alvarez se burlaba de la importancia que Irisarri quería dar a Chile en Europa.

En medio de estas intrigas, había noticias de mayor importancia. Estados Unidos contemplaba la posibilidad de reconocer la independencia de algunas partes de la América del Sud. En primer término consultó a las naciones europeas cómo verían su reconocimiento de la independencia de alguna nación americana. Inglaterra respondió que mantendría la más estricta neutralidad. Era lo mejor que podía contestar. Inmediatamente hizo saber a España que la cesión de la Florida no implicaba ninguna obligación de no reconocer la independencia de naciones del Nuevo Mundo. La Florida era cedida como pago de deudas atrasadas, y el reconocimiento de la independencia de alguna parte de la América, Estados Unidos lo haría si lo creía conveniente. La abundancia de asuntos a tratar hizo que no pudiese tratarse con urgencia, en Washington, el reconocimiento de los gobiernos de Buenos Aires y de Chile, pero nadie dudaba que Estados Unidos estaba dispuesto, tarde o temprano, a reconocer la independencia de los liberales del Nuevo Mundo. Irisarri estaba seguro que no bien reconociese la independencia de Chile una nación, todas la imitarían. Por ello proponía trasladarse a Estados Unidos a fin de lograr amistades y poder influir en las próximas sesiones del Congreso de Washington. Adam Smith, secretario de la legación norteamericana en Londres, y mister Rush, el ministro, habían informado a Irisarri de todo cuanto él transmitía a Chile. Sus esfuerzos para lograr dinero con el cual trasladarse a Washington habían fracasado. Para lograr dinero, Irisarri proponía al gobierno de Chile que vendiese los empleos militares, conforme se hacía en Inglaterra y habían hecho todos los jefes de expediciones libertadoras al Nuevo Mundo, como Mac Gregor y Devereux. Chile no aceptó esta propuesta. Había necesidad de jefes y, además, se sabía que en Cádiz se preparaba una gran expedición contra Buenos Aires. La historia de esta expedición no ha sido escrita en forma amplia y, a la vez, minuciosa. Nosotros le hemos dedicado el ensayo más completo. Falta explorar a fondo los archivos españoles. No obstante, basta saber que sus preparativos inquietaron durante años a los gobiernos sudamericanos. En Buenos Aires es donde más se temió su realización. El gobierno de Juan Martín de Pueyrredón logró, por medio de sus emisarios masones en Cádiz, hacerla fracasar. Irisarri obtenía buenos informes en Londres, provenientes de espías y de viajeros que vendían sus noticias. Sabía, también, que el pueblo español estaba dispuesto a sostener a su rey por encima de todas las catástrofes. Una epidemia ayudaba a los liberales hispanoamericanos haciendo grandes estragos. Los americanos en Londres no se llevaban muy bien entre sí. Por una parte las noticias de Venezuela y otras regiones hacían saber los buenos esfuerzos que existían en favor de una unión continental americana en contra de España, y, por otra parte, el enviado chileno, Al-

varez Condarco, hacía poner en la cárcel al representante de Venezuela porque no le había devuelto cien libras esterlinas que le había prestado. Irisarri se preguntaba, lleno de indignación, cómo podía exigirse que los gobiernos extranjeros reconociesen a los americanos cuando sus propios representantes se combatían como enemigos por causas insignificantes. En Venezuela debía haber, asimismo, muy mala impresión del hecho que acaba de ocurrir. Méndez, el representante venezolano, habíase complicado en un negocio de más de millón y medio de pesos. Sus acreedores estaban dispuestos a transar y sólo la demanda de Alvarez Condarco era lo que lo mantenía en la cárcel. Bernardino Rivadavia había reconvencido a Alvarez Condarco por su acción. Al mismo tiempo muchos comerciantes e industriales ofrecían a Irisarri todo género de armas, municiones, vestuarios, etcétera, para continuar la guerra. El emperador de Alemania ofrecía fiar una buena cantidad de fragatas y navíos. Se trataba de la escuadra que Francia había poseído en esa parte de Italia que luego había pasado a formar parte de Austria. Irisarri insistía en que esos momentos (diciembre de 1819) eran los mejores para reunirse los representantes de los estados libres de América del Sud para solicitar de los gobiernos europeos una mediación con España a fin de poner término a la guerra con el reconocimiento de la independencia. Buenos Aires, en efecto, estaba aparentemente más tranquilo; Chile había obtenido algunos triunfos. Lo mismo había ocurrido en otras partes de América. Irisarri había escrito a los representantes de Venezuela y Nueva Granada, que se hallaban en Londres, y al de Buenos Aires, que residía en París; pero las respuestas tardaban. Mientras los comerciantes estaban dispuestos a fiar grandes cantidades de mercaderías, los banqueros se mostraban escépticos respecto al poder y la solvencia de los nuevos gobiernos americanos. Rothschild había devuelto sin leerlo un plan para un empréstito a Chile. Tampoco habían accedido a prestar dinero a Chile los banqueros Baring, Hope y Compañía y otros. Se había pensado, inutilmente, en ofrecer un quince por ciento de interés. Rivadavia manifiesta no tener poderes para tratar asuntos de intereses y, además, no recibía instrucciones de su gobierno.

La muerte de Miranda, con una cadena al cuello, en una cárcel de Cádiz, como un perro, no impresionó en Europa. Sus hijos, residentes en Londres, lo primero que pensaron fué deshacerse de la riquísima biblioteca que les había dejado su padre. Las referencias de este hecho, por completo ignoradas por los biógrafos de Miranda, encontrábase en una nota de Irisarri al gobierno de Chile fechada en Londres el 9 de enero de 1820. Por ella venimos a saber quiénes fueron los albaceas de Miranda y la triste suerte que corrió su biblioteca. Los párrafos de Irisarri son los siguientes:

“El albacea del difunto general Miranda, Mr. Vansittart, que por estar encargado del Ministerio de Hacienda, ha substituído el albaceazgo en Sir John Jackson, habiendo determinado disponer de la librería que pertenece a los hijos de dicho general, me ha propuesto venderla a ese superior gobierno, porque fué encargo que dejó Miranda de que en caso que sus hijos se deshicieren de sus libros, pro-

curasen venderlos a alguno de los gobiernos libres de la América del Sud, y también porque consideran sus albaceas que Chile está en mejor estado para hacer esta compra que ningún otro gobierno de esa parte del Nuevo Mundo.

“Sir John Jackson me ha ofrecido detener la venta de esta librería por el término de un año, para que pueda dar cuenta a ese Supremo Gobierno, y que en caso de determinarse a comprarla, envíe su valor que alcanzará sobre un cálculo de poco más o menos, de cuatro a cinco mil libras esterlinas, pues no habiéndose hecho aún el inventario y avalúo, no se puede decir con certeza a cuánto ascenderá. Yo no he querido que se haga el avalúo por no entrar en gastos, sin saber la determinación que tomará ese gobierno; pero en caso que quiera comprarla se nombrarán dos evaluadores, uno por mi y otro por los herederos del general Miranda, y, en caso de discordancia, se nombrará por ambas partes un tercero cuyo voto decidirá la diferencia. Esta librería es generalmente estimada por de un gran valor en Londres, a causa del exquisito surtimiento de obras raras, clásicas y selectas ediciones. La colección española costaría inmenso trabajo y muchos gastos, adquiriéndola de otro modo, y por tanto creo que será muy conveniente a cualquier país de América esta compra. Con todo esto, como sé la necesidad que tenemos en Chile de dinero para otros objetos más ejecutivos, no he creído conveniente obligarme a otras cosas que escribir sobre el particular”.

En Europa existía una gran confusión acerca de las nuevas naciones americanas. Comerciantes destacados “veían todos los Estados de América como una misma cosa, es decir, como unos países que no tenían aún suficiente estabilidad para poner confianza en ellos”. Los gobiernos americanos no cumplían generalmente sus compromisos. Por otra parte, los representantes americanos tenían sus manías y rarezas unos por pobres, otros por vanidosos. Irisarri informaba a su gobierno, el 5 de marzo de 1820, que Valentín Gómez y Rivadavia “han hecho estudio del misterio y de la obscuridad, queriendo hacerse consumados políticos con la adquisición, que ya tienen, de incomprensibles y de raros”. Rivadavia daba muestras de indudables rarezas. Irisarri hallaba en él hasta cierta falta de formalidad. Temía que enredase cualquier asunto “de manera que jamás sacásemos nada en limpio”. En síntesis, estaba muy extrañado “de las raras y peregrinas ideas que tiene este hombre acerca de sus deberes y de la naturaleza de su comisión”. Con Valentín Gómez también se le hacía casi imposible todo trato. Primero, Gómez se enfermó en París; luego dejó pasar meses sin contestar a las cartas de Irisarri.

La sublevación, en Cádiz, de las tropas que debían partir a América, hizo cambiar la situación en España. Irisarri creyó que era un momento aún más oportuno para pedir a las naciones europeas el reconocimiento de la independencia americana. Volvió a dirigirse a los representantes americanos. El nuevo régimen liberal, aceptado por Fernando VII, hacía, por otra parte, más posible el envío de otras expediciones a América. Rivadavia obraba, silenciosamente, por su cuenta. Tuvo una entrevista con el embajador de España, en París, el duque de San Carlos, a Irisarri se sorprendió mucho de ello, pues Riva-

davía le había contestado, más de una vez, que no daría un paso mientras no recibíase instrucciones de su gobierno. “Este señor —decía Irisarri— jamás guarda consecuencia en nada”. La falta de colaboración, entre los enviados americanos, causaba no pocos males a la causa del reconocimiento de la independencia. Irisarri estaba indignado de que Rivadavia se hubiese anticipado a la acción conjunta que él proyectaba y atribuía ese paso prematuro a los deseos de figuración que atribuía a Rivadavia. “Bien conocí que el señor Rivadavia quería sacrificar a su propio y mal entendido orgullo el éxito casi seguro de los verdaderos intereses de su país, pareciéndole que le haría un gran honor el haberse anticipado a los otros enviados”. El duque había exigido a Rivadavia que dirigiese a España las proposiciones que los otros enviados le habían hecho. Irisarri quería hacer correr la voz de que si las naciones europeas no reconocían la independencia de los nuevos estados americanos, ellos darían a España la exclusividad del comercio a cambio del reconocimiento de la independencia. Irisarri deseaba estimular, de este modo, el reconocimiento de la independencia antes de que partiesen los comisionados españoles con proposiciones para que se admitiese la Constitución de las Cortes de Cádiz. En España se decía que los delegados de la América del Sud habían manifestado en Londres que la nueva Constitución española traería la unión de la América con su antigua Metrópoli; “que por parte de Bolívar habría alguna dificultad en la unión; pero que por la de los jefes de Buenos Aires se creía que no”. Estas palabras, recogidas por Irisarri, pueden hacer pensar en documentos argentinos que hablan de una comisión secreta en Buenos Aires que luchaba por la unión con España en 1820 y que se habría puesto en contacto con los comisionados que en ese año se presentaron en el Río de la Plata. La documentación a que aludimos, declarada apócrifa por muchos autores, empezando por el general San Martín, que la conoció, hallaría en las frases anteriores de Irisarri una comprobación de su autenticidad. No es este el lugar en que debemos discutir este problema, seguramente insoluble durante mucho tiempo. Es incuestionable que en España y, de reflejo, en Londres, se sabía o creía saber que en Buenos Aires había jefes dispuestos a unirse nuevamente a España. Los delegados de los países americanos que se hallaban en Londres —Rivadavia, de Buenos Aires; Fernando de Peñalver, de Venezuela; José María Vergara, de Nueva Granada, e Irisarri, de Chile— trataron de evitar, en sus escritos al duque de San Carlos, la palabra “independencia” para atraer al enviado español y dejarla oír cuando no pudiese evitarlo. Es así como el duque de San Carlos quedó muy asombrado cuando leyó el artículo en que se hacía constar que no se entraría en ningún tratado con España si esa nación no se hallaba dispuesta a reconocer la independencia absoluta de las naciones americanas. Este artículo había sido ordenado por Rivadavia, “quien, no hallándose capaz de formarlo por sí mismo, ordenó a Mr. Hullet lo hiciese él. Este negociante me lo ha asegurado así, y sin duda tendrá la misma confianza con todo el mundo, dándose en ello los aires de Director de un Ministro americano, y desacreditando al mismo tiempo la capacidad de tal Ministro”. El enviado de Venezuela habló también de independencia y

con ello quedaron cerradas las negociaciones con el representante español. Irisarri se preguntaba si lo habían hecho por incapacidad diplomática o por el deseo de poner fin a la negociación. Por ello Irisarri se disponía a obrar por su cuenta, sin contar con la colaboración de los otros representantes americanos. El estaba muy por encima de las opiniones de Valentín Gómez, por ejemplo. Este sostenía, en un memorandum, que España hallábase destinada a sufrir una guerra civil porque Francia la había sufrido después que Luis XVI había reconocido la Asamblea. El hecho de que Fernando VII hubiese aceptado la Constitución de Cádiz no significaba una señal de paz, para Gómez, sino un posible comienzo de guerra civil y él especulaba con esta futura y casi segura guerra. Irisarri comentaba estas deducciones y se reía de ellas. Afirmaba, con razón, que en historia no podía sostenerse que un pueblo debía tener cuales o tales sucesos porque otros los habían tenido. Francia había hecho ciertas reformas con la revolución y Suecia las había hecho sin revolución. El razonamiento histórico de Irisarri era, indudablemente, más acertado que el de Valentín Gómez. Irisarri no creía que España desapareciera de la tierra, como suponía, ingenuamente, Gómez. España no aceptaba las propuestas de paz sobre la base de la independencia e Irisarri explicaba a su gobierno que este rechazo convencería a Europa que la paz en América no se hacía por culpa de los españoles. El único medio de terminar una guerra que perjudicaba a toda Europa era el de conceder la independencia a los estados americanos que la pedían. La anarquía que vivía Buenos Aires causaba muy mala impresión en Europa. Mucha gente suponía que una expedición española que se dirigiese al Río de la Plata terminaría por reconquistar todo ese territorio. Las revoluciones americanas causaban un daño enorme a la causa de la independencia en Europa. Para colmos, los representantes de los Estados americanos se cargaban de deudas e iban, por ellas, a la cárcel. Irisarri informaba a su gobierno, desde Londres, el 18 de mayo de 1820, que “el enviado de la Nueva Granada, don José María del Real, ha estado preso por deudas contraídas para el servicio de su país, y ahora está escondido para que no lo prendan otra vez. El enviado de Venezuela, don Luis López Méndez, ha estado seis meses en la cárcel de King’s Bench, por deudas de su gobierno, y después que ha salido de la prisión por convenio de los acreedores, entre los cuales no entra don José Antonio Alvarez, se ha visto obligado, para poder subsistir, a tomar mercaderías a nombre de su gobierno, recargadas más de un 150 por ciento sobre su valor. A esto se agrega la pérdida que tienen los efectos al reducirlos a dinero; de suerte que resulta de la operación, que el gobierno de Venezuela tendría que pagar a razón de 200 por 50 que ahora recibe su enviado”.

La propaganda que los enviados americanos y el representante español trataban de desarrollar en los diarios ingleses encontraba dificultades para unos y para otros. Cierta vez, don Manuel de Sarraatea, representante de Buenos Aires, el Sr. Méndez, de Venezuela, y el Sr. Real, de Nueva Granada, encomendaron a un señor William Walton que escribiese artículos a favor de la causa americana en el **Morning Chronicle** con permiso de su director, el señor Perry. La

pensión que le asignaron era de trescientas libras; pero Venezuela y Nueva Granada no pudieron mantenerla, por haber sido vencidas, y Buenos Aires resolvió mantener una pensión de trescientas libras en 1817. Al poco tiempo la suprimió y Walton siguió escribiendo con la esperanza de que Bolívar lo nombrase Cónsul general de Venezuela. Más adelante se enemistó con el señor Méndez y fracasó en su empeño de que Irisarri le hiciese pagar por el gobierno de Chile la pensión que antes le daba el de Buenos Aires. Fue entonces cuando se declaró partidario de España y empezó a escribir en contra de América. También colaboró en **El Español Constitucional**, de Blane White. Los americanos sólo abrigaron la esperanza de que el director del **Morning Chronicle** hiciese entrar en razones a dicho sujeto. Irisarri se lamentaba de que en Londres todo se hiciese por interés y los gobiernos más absurdos hallasen buenos defensores si se les pagaba con abundancia. Es así como el rey de Haití había encontrado plumas que se pusiesen a su servicio. Del mismo modo, el editor del **British Monitor**, Luis Goldsmith, que escribía a favor de España, se puso un día a escribir a favor de Chile. Irisarri lo había ganado. Este Goldsmith era hombre práctico en estos asuntos. Napoleón lo había empleado en la defensa de sus principios. Luis XVIII le había hecho sostener su partido. España lo había tenido a sueldo y últimamente se había declarado americanófilo. El señor Goldsmith recibía trescientas libras anuales del gobierno chileno y escribía todo lo que le dictaba Irisarri. El día que le dejaran de pagar, volvería al servicio de España.

El comercio clandestino tenía sus buenos secretos. El virrey de Lima debía dinero a dos sujetos y, para pagarlos, les concedió permiso para que introdujesen armas inglesas en el Perú. Inglaterra prohibía a españoles y americanos que extrajesen armas de su territorio; pero los dos comerciantes habían conseguido extraerlas y llevarlas en unos buques al Perú. España acudía a todos los extremos para hacer triunfar sus armas en América. El 7 de noviembre de 1820 Irisarri sabía que el gobierno español había comprado toda la lona para velamen que se hallaba en Alemania en quinientos mil pesos. España continuaba la guerra porque tenía esperanzas muy fundadas de llegar a dominar en América. En Chile, al igual que en otras partes del continente, había infinidad de criollos que defendían la causa absolutista del rey Fernando VII. Era el año de 1820 y todavía se combatía con la seguridad, de ambas partes, de alcanzar triunfos definitivos. Quienes han presentado esta inmensa e interminable guerra civil, que fué la contienda que llevó a la independencia y le siguió en largos años, como una lucha de criollos contra españoles, una guerra de razas, etcétera, deben rendirse a continuas e impresionantes evidencias. En los ejércitos llamados realistas había, desde México y Venezuela hasta Chile, un número de criollos a menudo superior al de los verdaderos españoles. Irisarri conocía estos hechos desde Londres, pues allí llegaban noticias limpias de falsedades. En Chile, don Vicente Benavides había tenido una larga correspondencia con el virrey del Perú. Estos documentos habían llegado a Londres e Irisarri los había comprado. El embajador español había pagado cualquier suma para

obtener unas piezas oficiales “de esta naturaleza, por las cuales se manifiesta que S.M.C. puede contar todavía con servidores en aquellos países que parecían más contrarios a la dominación española. Las esperanzas de que están llenos los oficios y las cartas de Benavides; la ponderación que éste hace de la lealtad al rey, que tienen todos los habitantes de la provincia de Concepción; los partes de las acciones que encomian ellos mismos hasta las nubes, el desprecio con que hablan de nuestras fuerzas, y la seguridad con que ofrecen trastornar el actual orden de cosas con muy pocos auxilios que les envíe el virrey de Lima, son cosas todas que debían lisonjear demasiado a la Corte de Madrid, aun cuando Benavides tuviese el fin desgraciado que espero tendrá”. E inmediatamente Irisarri confiesa, con toda naturalidad, a su gobierno, lo siguiente: “El ejército de Benavides, por nuestra desgracia, es compuesto enteramente de chilenos, que sirven al rey de España mal armados, y sin qué y sin vestuario”. El amor de muchos criollos chilenos por el rey de España era, en 1820, como podemos comprobar, muy grande.

Las conversaciones para llegar a una paz, entre los representantes americanos y los del gobierno español, eran continuas. El 7 de mayo de 1821, Irisarri daba cuenta de que los representantes de Colombia las habían reiniciado, pero siempre sobre la base de la independencia absoluta. Por su parte, el duque de Frías, embajador español, expresó a Irisarri que, si quería, podía pasar a Madrid, de acuerdo con la amnistía que se había concedido a los americanos; pero que, a su juicio, los esfuerzos para el reconocimiento de la independencia terminarían por resultar inútiles, pues los pueblos americanos eran demasiado jóvenes y tenían muchos defectos. Como ejemplo puso el caso de Buenos Aires, siempre revuelto, y el de Colombia, que no tenía dinero con qué pagar los intereses de sus deudas. Irisarri había contestado que en España también había muchas deudas y bastantes revoluciones. La guerra civil existía en casi todas las regiones del antiguo imperio español. Chile, en cambio, en esos momentos, se hallaba en plena paz y, de hecho, era independiente. También había organizado una expedición al Perú, sin necesidad de empréstitos. Si Chile quería la paz y el reconocimiento de la independencia era para dar un ejemplo de armonía a los otros países. Los deseos de alcanzar la paz eran muy grandes en toda América y no se detenían ante las formas de gobierno. En otros términos, los americanos estaban dispuestos a aceptar monarquías con tal de gobernarse libremente. Las ideas monárquicas han sido ocultadas por la mayoría de los historiadores, como si se tratase de vergüenzas nacionales. Poco se va descubriendo que en aquellos años el proyecto primitivo de un imperio con autonomías regionales de carácter liberal había llegado a concretarse en la formación de monarquías con príncipes de la casa real española. Algunos críticos, con picardía y, al mismo tiempo, ingenuidad, suponen que se trataba de simulaciones políticas y proposiciones falsas destinadas a alcanzar la paz, por cualquier medio, y el reconocimiento de la independencia. Lo indudable es que el 12 de mayo de 1821 Irisarri hacía saber a su gobierno que en una carta de París se decía que el vicepresidente de Colombia debía dirigirse a Madrid para

proponer a las Cortes de España la coronación en Colombia, como rey independiente, al infante don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII. En México también se había creado una Junta y se iba a constituir una monarquía independiente. El 25 de junio, Irisarri hacía saber otras noticias. En Madrid se hablaba de dar a los americanos Cortes propias dentro de cada país, compuestas de americanos, "con una administración de justicia independiente y sin más sujeción a España que la de tener con ella un rey común". Era un viejo ideal que renacía y que trataban de conseguir los mismos colombianos. Son conocidos los esfuerzos de Zea y otros enviados de América en este sentido. Irisarri daba cuenta de que los mexicanos habían promovido ese proyecto y que, si llegaba a aprobarse, habrían permanecido unidos a España, aún por largo tiempo, México, Guatemala, Habana, Puerto Rico y Perú. España sacaría auxilios de la misma América para combatir a los países que siguiesen independientes. Irisarri aconsejaba convencer a los países dispuestos a admitir la unión con España que esa medida era la prueba de que la Península no podía someterlos. Los ejemplos de continuas revoluciones y guerras civiles influían en el ánimo de muchos americanos y los llevaban a desear una unión con la Península que les asegurase una tranquilidad política. Este proyecto no llegó a desarrollarse. La Constitución española prohibía hacer concesiones semejantes ni desmembrar el territorio de la monarquía con reinos independientes. Idealmente, España siempre se consideraba señora del Nuevo Mundo. Por último, un hecho extraño vino a paralizar estos proyectos. En octubre de 1821 hubo en Madrid una conspiración contra el general Morillo y se dijo públicamente que sus autores habían sido los comisionados colombianos. España estaba toda convulsionada. El triunfo de los liberales los había dividido profundamente. Los hábitos del absolutismo estaban demasiado arraigados para ser suprimidos de golpe. La independencia se iba ganando por sí misma y los pueblos de Europa se convencían, lentamente, que España cada día estaba en peores condiciones para volver a imponerse en el Nuevo Mundo. Lo único que se deseaba en las Cortes europeas era que los nuevos Estados americanos adoptasen la forma monárquica de gobierno, pues la liberal parecía dar por resultado, únicamente, guerras civiles y continuas revoluciones. A fines de 1821, Irisarri recordaba las conversaciones que los enviados de Buenos Aires habían tenido en París para coronar rey del Río de la Plata al duque de Luca. España sólo dominaba prácticamente en la isla de Cuba. Guatemala había declarado su independencia. México se hallaba en poder de los patriotas. Iturbide había convencido a los mismos españoles de la necesidad de crear un imperio para alejarse de los liberales que habían triunfado en España y en América. México, así, venía a convertirse en un país independiente que era, a la vez, un refugio de los absolutistas vencidos. Muy difícil era que se colocase un príncipe español en el trono de México. Iturbide dominaba la situación; pero el conde de Montezuma había huido de España, perdiendo grandes honores, con la esperanza de ser reconocido emperador de México. En Inglaterra se miraba la creación del imperio mexicano con mucha alegría, pues se suponía que llegaría a cons-

tituir una barrera para el desarrollo de los Estados Unidos. Los ingleses deseaban una monarquía en México, pero no un rey de la casa de Borbón, por temor a que desease extender con exceso sus derechos. En general, en Europa nadie se preocupaba por la independencia americana. Lo que interesaba era la propagación de las ideas. Los estados europeos temían que en América se difundiesen las ideas liberales, odiadas en el Viejo Mundo. Por ello se deseaba la independencia de los nuevos estados americanos, que debilitaban el antiguo imperio español, hasta anularlo por completo, y permitían una amplia libertad de comercio, y, al mismo tiempo, se hacía todo lo posible para que esos Estados fuesen monárquicos y no republicanos. Los españoles, con el liberalismo que habían impuesto en España, habían dado a la anarquía la fuerza que antes tenía el déspota. Irisarri explicaba estos hechos a la perfección. Las revoluciones de Portugal y de Nápoles habían causado el mismo efecto que la de España y tanto en Inglaterra como en Francia se habían robustecido los viejos partidos conservadores o ultrarealistas. La independencia americana no era reconocida por falta de ministros que la solicitasen, sino por la naturaleza de las cosas. Irisarri insistía en la necesidad de unirse todas las naciones americanas para llevar adelante una misma política. La diversidad de pareceres sembraba confusión en Europa y desacreditaba a los países americanos.

En España existía el convencimiento de que la independencia americana era un hecho y, tarde o temprano, debía ser reconocida. Cierta vez, en febrero de 1822, corrió por Londres y otras ciudades de Europa la noticia falsa de que las Cortes españolas habían reconocido la independencia de los Estados del Nuevo Mundo. Irisarri se enteró de que el gobierno español había proyectado enviar unas comisiones a cada país americano para recibir las propuestas que se le quisiesen hacer. A su juicio, esos agentes eran unos verdaderos espías que con la excusa de buscar palabras de paz se introducían en cada país para averiguar todo lo que les fuese posible. Al mismo tiempo estaba enterado de que muchos políticos españoles comprendían secretamente que era preciso reconocer la independencia de los nuevos Estados americanos, pero no se atrevían a manifestarlo de un modo público. Entre ellos se encontraba el famoso Conde de Toreno, historiador eminente, autor de una obra imperecedera sobre la revolución española en contra de los franceses, imprescindible a todos los estudiosos de estos sucesos. Había un lenguaje político para los amigos y otro para la nación. "Todos los liberales de la Península son Condes de Toreno con otros nombres o títulos". A esta apatía o falta de decisión para reconocer la independencia americana se sumaban los desaciertos de los representantes de los Estados del Nuevo Mundo. El agente Zea unía su superioridad a su desconocimiento de ciertos problemas y daba a entender que deseaba ese reconocimiento, pero lo estimaba en poco. Esta política sólo lograba desaires. Francia e Inglaterra no habían contestado a las notas de Zea. Irisarri opinaba que hasta que no llegase el reconocimiento de los Estados Unidos todo lo que se hacía era tiempo perdido. Sólo Portugal había reconocido a Chile y a Buenos Aires para no tener tantos enemigos en A-

mérica al volver a Lisboa. Estados Unidos había amenazado a España con el reconocimiento, pero después de la paz sólo le interesaba impedir que los ingleses avanzasen demasiado en su amistad con los hispanoamericanos. El reconocimiento hecho por el rey de Portugal había significado un gran triunfo para la política diplomática americana. España andaba desorientada en su política. En un instante imaginaba que América iba a aceptar la Constitución de Cádiz y seguir unida a la Península. En otros momentos se dirigía con malos modos a los monarcas europeos que defendían los principios monárquicos en el Nuevo Mundo y la ayudaban, indirectamente, a conservar sus derechos en las tierras rebeldes. Washington apuraba el reconocimiento de la independencia americana por los gobiernos de Londres y de París. Francia, Rusia y demás gobiernos de la llamada Santa Alianza deseaban, interiormente, la destrucción de España y de América. El desorden que había en españoles y americanos les hacía desear un caos definitivo. Irisarri insistía en la eterna necesidad de unirse todos los Estados americanos; pero en secreto, sin que el hecho se conociese en sus comienzos. Los desacuerdos americanos hacían, como de costumbre, mucho daño a los intereses diplomáticos. El 17 de mayo de 1822 ya se susurraba en Londres que existía un rompimiento formal entre San Martín y Lord Cochrane. Irisarri esperaba buques de Chile que confirmasen o desmintiesen la noticia. El 31 de mayo de 1822 ya sabía que el vicealmirante chileno había tenido un choque fortísimo con el Protector del Perú. "Este jefe supremo peruano está formando otra escuadra y se dice que ha intentado sublevar la nuestra y hacerla pasar a su servicio". San Martín, como vemos, era llamado jefe peruano.

El reconocimiento de la independencia americana halló mejores ecos a comienzos de 1823. Inglaterra y Francia mostrábase cada vez más dispuestas a reconocer a las nuevas naciones. Irisarri, para activar este reconocimiento, se había establecido en París y había dejado en Londres al secretario de la delegación, don Andres Bello. Harcía del Río, el enviado del Perú, hacía en Londres muchos trabajos en favor del mismo reconocimiento. Hallábanse en contra del reconocimiento de la independencia las naciones que habían firmado el pacto religioso de la Santa Alianza. Según ellas los pueblos debían obedecer la voluntad de sus reyes. La neutralidad con que observaban los movimientos americanos se debía a la impotencia de combatirlos. La lucha civil que existía en España entre absolutistas y liberales terminaría con el triunfo de los primeros, ayudados por Francia. El duque de Angulema había lanzado proclamas que no dejaban dudas acerca de las intenciones del gobierno francés. Con el triunfo de los absolutistas españoles América seguiría largo tiempo sin ser reconocida independiente. Sólo Canning, presionado por Estados Unidos, había declarado que Inglaterra no permitiría que Francia se apoderase de ninguna de las excolonias españolas, ni como conquista ni como donación de España. El apoyo inglés no se extendía a impedir una fuerte colaboración o ayuda de Francia a España. Francia tenía intenciones de diseminar sobre América una serie de agentes o propagandistas para que minasen los nuevos Estados. El triunfo de Fran-

cia sobre los constitucionalistas españoles significaba un gran atraso para el reconocimiento de la independencia americana. Inglaterra estaba dispuesta a reconocer por la primera a las naciones del Nuevo Mundo, pero, antes, deseaba comprobar que se trataba de Estados serios, constituídos, y no de gobiernos en perpetuas revoluciones. La necesidad de comerciar con América era el argumento mayor que tenían los Estados americanos para exigir su reconocimiento. Canning apoyaba con más entusiasmo que su antecesor, Londonderry, la idea de reconocer a las nuevas naciones. Comerciantes ingleses hacían planes para llegar a un reconocimiento de la independencia. Estos planes, que Irisarri remitía puntualmente a su gobierno, no pasaban de suaves proyectos en que los Estados americanos debían comprometerse a hacer a España algunas concesiones para que ella reconociese su independencia. Como es natural, no agradaban ni a unos ni a otros. Irisarri estaba desesperado. A su entender no había que perder minutos. El 3 de junio de 1823 escribía: "En mi concepto no debe perderse tiempo en negociar el reconocimiento de nuestra independencia a costa de cualquier sacrificio, porque nuestra causa pierde todos los días en Europa gran parte de aquella popularidad que tenía al principio". Francia era enemiga de América. Fernando VII, rey absolutista, igualmente, y también eran enemigos, como en el siglo XVIII, los Estados que componían la llamada Santa Alianza. Inglaterra, después de haber mostrado algunas simpatías por la causa americana, "ya ha vuelto todo su entusiasmo a favor de nuestros enemigos los españoles".

En 1823 habíase vuelto una situación política comparable a la de los años 1808 a 1810. España estaba en guerra con Francia y las fuerzas francesas ocupaban casi todas las ciudades de la Península. El absolutismo francés, con las armas del duque de Angulema, dominaba en España y los viejos liberales eran aprisionados y torturados a tal punto que intervenía en su favor el ministro del zar ruso. El odio contra los constitucionales era enorme en España. Lo más que existía a su favor, era apatía. El pueblo español amaba siempre a su rey despótico y gustaba de su dominio. Esto se sabía bien en Europa. Al mismo tiempo se temía que el triunfo absolutista español significase un recrudecimiento de la guerra en América. La única salvación, desde el punto de vista diplomático, podía ser Inglaterra. Los constitucionales, como es notorio, terminaron por ser vencidos y Fernando VII aclamado rey absolutista. La Constitución era considerada monstruosa hasta por hombres como Irisarri. Había atacado demasiado las clases privilegiadas y estas se habían defendido hasta vencer. Francia no perdía tiempo y desarrollaba una amplia propaganda en América. Esta propaganda comenzaba a sentirse, en octubre de 1823, en Colombia. Como reacción, Inglaterra destinaba cónsules para México, Colombia, Buenos Aires, Perú y Chile. El duelo diplomático y político entre Inglaterra y Francia había comenzado. Canning se proponía aumentar el comercio inglés con intensidad. En Buenos Aires, Rivadavia había hecho grandes esfuerzos para lograr una ayuda de veinte millones para la España liberal, suscritos por varios Estados americanos, a cambio del reconocimiento de

la independencia. Buenos Aires no debía tomar un partido a favor de Francia. Estados Unidos habían dado ejemplo de no mezclarse en los problemas europeos por más complicados que ellos fuesen. Francia tenía derecho, con el proyecto de alianza o intervención de Buenos Aires, de tomar medidas contra América. Es por ello que los mismos americanos no veían con agrado la proposición de Rivadavia. El general San Martín, que en otros tiempos se había distinguido por sus ideas afrancesadas, combatió este proyecto de Rivadavia y lo mismo hicieron otros personajes, convencidos que para lograr el reconocimiento de la independencia no bastaba más que esperar. Irisarri hizo una crítica muy justa al tratado celebrado por Rivadavia con los comisionados españoles Pereyra y Larroba. El 17 de octubre de 1823 dijo:

“Yo sólo me atrevo a pronosticar que el tratado inoportuno que celebró en Buenos Aires don Bernardino de Rivadavia con los comisionados del gobierno español, hará un gran mal a nuestra causa, y celebraría que la cordura del Supremo Gobierno de Chile y de los otros Estados de ese continente, neutralizaren los malos efectos que producirá en Europa la provocación hecha a la Francia y al mismo Gobierno actual de España en el tratado referido de Buenos Aires. Por una consecuencia necesaria de la irreflexión con que se dictó aquel tratado, vemos que sin haber logrado ninguna ventaja de los españoles liberales, a quienes se quería lisonjear, se ha provocado el encono del actual Gobierno español y de la Francia al mismo tiempo, sin haber servido la oferta de los veinte millones de pesos de otra cosa que de multiplicar las dificultades que se presentaban para el reconocimiento de nuestra independencia”.

En los nombramientos de cónsules para los nuevos Estados de la América del Sud y México, el subsecretario de relaciones exteriores había empleado el término “provincias de la América española”. Como es natural, esta designación no fué del agrado de Irisarri. España parecía la nación encargada de dar el *exequatur* y en vez de reconocer una independencia reconocía una dependencia. Por fortuna esa expresión fué sólo usada en la comunicación a los comerciantes ingleses, pero en las patentes se siguió dando asignaciones vagas a los Estados americanos. Ni se les llamaba nación ni república ni se aludía a ninguna autoridad suprema. Inglaterra parecía estar dispuesta, no abandonarse a sus luchas intestinas. Irisarri declaraba que era naciones de América. Eran los gobiernos los que a veces enturbiaban los procedimientos. España no abandonaba sus esperanzas y parecía dispuesta a continuar la lucha con los auxilios de Francia. El 8 de diciembre de 1823, Irisarri informaba a su gobierno que en Cádiz había comenzado a prepararse una expedición con destino al Perú. Por todo ello, los Estados americanos debían dar muestra de fortaleza y no abandonarse a sus luchas intestinas. Irisarri declaraba que era preciso tener realmente poder, porque, de lo contrario, hasta la misma Inglaterra, dispuesta a sostener la independencia americana, habría terminado por abandonarla si hubiese descubierto que los nuevos Estados sólo se mantenían de su debilidad. La Santa Alianza seguía contraria a las naciones americanas, pero Canning, movido por el

Presidente Monroe, como ha revelado el general Tomás de Iriarte, se manifestaba dispuesta a interponerse ante cualquier esfuerzo que ayudase a España en su lucha contra los Estados americanos.

En abril de 1824, el reconocimiento de la independencia parecía más próximo. Canning solicitó a España que la reconociese. España manifiestamente demostraba no estar en condiciones de volver a dominar en toda América. Además, Irisarri suponía que si otras naciones intervenían en favor de España, Inglaterra habría reconocido inmediatamente la independencia de los nuevos Estados americanos. Todo armamento que saliese de la Península para América sería considerado como hecho con la ayuda de Francia; pero esta nación parecía haberse querido desentender de todo lo que se relacionase con el problema del Nuevo Mundo. Consideraba a los nuevos Estados como anárquicos. España franqueaba a las naciones amigas los puertos de América y ello causaba gracia, pues todas podían concurrir a dichos puertos por su propia voluntad y condescendencia de las naciones a las cuales pertenecían. Por ello las naciones americanas exigían a los extranjeros sus documentos. El no exigirlos habría sido aceptar las pretensiones de España y su dominio jurídico y político.

El reconocimiento de la independencia avanzaba rápidamente. Inglaterra comprendía que el reconocer a las nuevas naciones no le significaba otra cosa que reconocer lo que en realidad existía desde hacía años. En junio de 1824, Irisarri sabía que los ministros ingleses habían hecho toda clase de esfuerzos para convencer al gobierno español de la necesidad de reconocer la independencia americana. España se mantenía firme en sus derechos. Inglaterra se negaba a intervenir en congresos donde se tratasen asuntos americanos. En ningún instante permitiría que otras naciones interviniesen en las cuestiones del Nuevo Mundo. Estados Unidos opinaba de la misma manera. Fernando VII desesperaba de obtener nuevos empréstitos en Inglaterra. Pensaba en organizar una expedición formidable para continuar la lucha en América, pero los obstáculos eran cada vez mayores. En un decreto había dispuesto que se reclutasen treinta y seis mil hombres. El emperador de Austria se había ofrecido a venderle a crédito dos navíos de línea, tres fragatas y tres corbetas de guerra. Los navíos se hallaban en Trieste y un oficial español se había dirigido apresuradamente a examinarlos. La única nación que ayudaba a España abiertamente era Francia. Su ayuda tenía por fin mantener el despotismo. Al efecto había enviado agentes secretos a América para que hiciesen campaña en contra de los gobiernos populares y en favor de nuevos tronos. El Príncipe de Polignac hacía los más grandes esfuerzos para que los Estados americanos adoptasen constituciones monárquicas. En México, el general Iturbide ganaba terreno con sus ideas absolutistas. Algunas personas creían que terminaría por levantar bandera en favor de Fernando VII. En julio de 1824, Inglaterra parecía dispuesta a reconocer la independencia de los Estados americanos que más se distinguiesen por su solidez y seriedad. Colombia daba el mejor de los ejemplos y tal vez sería el primer Estado en ser reconocido independiente. Los otros países de América estaban a cual más conculsionado.